

EL TIPOGRAFO

ÓRGANO DEFENSOR DE LOS INTERESES DEL GREMIO TIPOGRÁFICO

MONTEVIDEO, Noviembre 15 de 1895

PERIODICO QUINCENAL
Fundado el año 1883

2.^a Época — Año I — Núm. 11

Todos los tipógrafos y todos los que simpatizan con el mejoramiento moral y material de la clase obrera, tienen derecho á hacer públicas en esta humilde hoja sus opiniones y aspiraciones en ese sentido, siempre que la forma sea culta y agena á cualquier sentimiento que pueda herir la dignidad personal.

Los artículos y correspondencia serán dirigidos al administrador ó al Presidente de la Sociedad Tipográfica

ADMINISTRACIÓN: 25 DE AGOSTO 95

Administrador: ANDRÉS CASTRO

Sociedad Tipográfica Montevideana

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente Andrés Otermin
Vicepresidente Francisco García
Secretario Juan Bonifaz y Gómez
Prosecretario Juan Palleiro
Tesorero José López Villar
Protector Cirilo Saravia

SUPLENTE

Presidente, Luis Reyes y Carballo; Vicepresidente, Gregorio V. Mariño; Secretario, Santiago Ponti; Prosecretario, Juan J. Iglesias; Tesorero, Eduardo Ramos; Protector, José Romay.

Secretaría de la Sociedad Tipográfica, Florida 92 a

EL TIPOGRAFO

Movimiento obrero

LOS TIPOGRAFOS BAJO CERO

I

De algún tiempo á esta parte hemos visto complacidos las reuniones que diversos gremios vienen celebrando, á fin de conseguir mejorar su suerte y afirmar el espíritu de solidaridad colectiva entre todos los que somos explotados por la avaricia del capital y por la desvergüenza de patronos y capataces.

Los que creían que en la joven América no echaría raíces las aspiraciones que en Europa sustentan los oprimidos, los que riegan con el sudor de su frente los campos antes incultos, haciéndoles producir abundantes cosechas, y dando vida y movimiento en las ciudades á las industrias, estaban equivocados de medio á medio.

Los que tal creían, se fundaban en la escasez de brazos que proporcionaba trabajo regularmente remunerado á los pocos habitantes de esta parte del globo.

El fundamento es lógico; pero no tenían en cuenta que, aquí como allá, el más fuerte

sujeta cada día más á su yugo á los débiles y que en la lucha de competencia que entre sí sostienen los contratistas, habían de pagar el pato los que producen, los obreros.

Al fin, dígase lo que se quiera, está planteado en esta parte de América el problema de siempre: de un lado los zánganos, tanto los que viven del *chantage* político y se sustentan del presupuesto, como los que aumentan su fortuna ó viven una vida regalada, mezquinando al pobre jornalero el mendrugo de pan que, casi de limosna, se le concede, trabajando de sol á sol, para alimentar á su numerosa familia.

Mientras que los más audaces trepan las alturas administrativas y se constituyen en poder omnímodo, despótico y remunerado con el fruto del trabajo de sus víctimas, éstas arrastran una vida miserable, sin pan y sin libertades.

Aquéllos forman una raza privilegiada, llegando á creerse que *por su cuna, su educación y por sus antecedentes*, tienen derecho á vivir á costa de los demás; y si la familia privilegiada crece y se aumenta, ó crecen y aumentan sus necesidades y sus vicios, entonces nuevos impuestos y exacciones, vienen á regalar á los vampiros sociales.

Esta es la causa, pues, de los estallidos de indignación de la clase obrera. Inútil será que los privilegiados rebusquen en sus bibliotecas textos apolillados para averiguar los orígenes del movimiento, ni el remedio que debe ponerse.

El problema es bien sencillo y se compendia en dos palabras; que cada uno produzca para vivir honradamente y que á éste no se le arrebathe lo que produzca.

Tales ufanos caballeros, con la cabeza hacia atrás y mirándonos orgullosamente como á seres inferiores, no piensan ni un momento que el papel que representan no es más que una parte de la comedia social y que dejan reservada al pueblo las lágrimas y la muerte.

Para comprender nuestra situación y la razón que nos asiste, no tendrían más que trabajar un sólo día en el taller y en el campo y ver cuánto cuesta ganar unos miserables reales. Sólo así comprenderían toda la magnitud de la justicia de nuestra causa.

II

La lucha, pues, ha empezado en Montevideo. ¿Conseguirán el objeto concreto que se han propuesto los albañiles, zapateros, marmolistas, etc.?

No es difícil asegurarlo, si la unión no los abandona.

Podrán encontrar en su camino dificultades de todo género; podrán las decepciones y los desengaños quebrantar algo sus propósitos, podrá la traición amargar el alma de los perseverantes, pero algo han de conseguir en sus empeñosos afanes.

No es posible que el resultado de esa lucha sea del todo adversa al obrero; no es posible que nuestra situación empeore, porque ésta no puede ser más triste ni más oscuro nuestro porvenir.

Las clases declaradas en huelga han de alcanzar algún resultado con su digna y viril actitud.

Los explotadores detendrán, al menos, sus miras absorbentes, y si por un resto de orgullo ó vanidad no quieren ceder ante los mismos reclamantes, no tendrá más remedio que llamar al trabajo á otros obreros en mejores condiciones.

Por las noticias que tenemos, podemos asegurar buen resultado á los gremios declarados en huelga.

Parece que algunos ingenieros y constructores han pretendido contratar en el interior de la República y en la Argentina, trabajadores para las obras á su cargo, encontrando en todos el firme propósito de no dañar á sus colegas de aquí, dando así una elocuente prueba de solidaridad y de compañerismo dignas de aplauso.

Así se ha de resolver la primera parte del problema. Con la unión de todos se ha de poner coto á la ambición y á la iniquidad que con nosotros se comete.

Con la unión hemos de ser fuertes é invencibles. La unión será el ariete que ha de destruir á nuestros adversarios. La unión es la única arma que debemos y podemos oponer á los avances del capital.

Déjense los esfuerzos aislados para la propaganda. En todos los tiempos, al recoger el cerebro del hombre diversas ideas, dándoles forma unitaria y aplicación concreta en cuerpo de doctrina, se ha lanzado á la propaganda por medio de la palabra ó de la prensa; pero más tarde, cuando esas ideas se han hecho carne, digámoslo así, en la conciencia pública, entonces se ha apelado á la organización en Sociedades públicas y secretas y se ha establecido un cuerpo de combate, en una palabra, se ha hecho la unión, que es como decir hacer la fuerza.

Lo que pasa en Montevideo entre obreros y patronos — éstos explotando cada vez más, y aquéllos resistiéndose á ser explotados, — no puede decirse que sea cuestión

de socialismo ó anarquismo : no es cuestión de ideas ni de principios, en la acepción estricta de la palabra.

Defenderse contra la miseria y el hambre, es cuestión de hechos, es cuestión de defensa, es luchar por la existencia.

III

Vengamos ahora á nuestros buenos amigos y compañeros los tipógrafos.

¿Qué opinan ustedes de la huelga de que hemos hablado en los párrafos precedentes?

Parece que esta pregunta os hace bajar la vista y como que un tinte rosado colorea vuestras mejillas.

Si es de vergüenza, menos mal : que del que no la ha perdido, algo bueno se puede obtener.

¿No creen ustedes que lo situación del tipógrafo en Montevideo es igual, si no peor, á la de los demás obreros?

Si es así, como parece indicarlo una triste sonrisa de amargura que se asoma á vuestros labios, ¿por qué no los seguimos en su actitud y hacemos desaparecer de una vez los obstáculos que se oponen á nuestras aspiraciones?

Difícil, difícilísimo!... ¿Dónde está la unión, la fuerza?

Los albañiles, zapateros, marmolistas, etc., y hasta los vendedores de diarios, podrán unirse para defenderse... pero nosotros no.

Nosotros hemos predicado mucho. Muchas columnas de EL TIPOGRAFO nos hemos metido entre pecho y espalda, columnas que nuestros estómagos no son capaces de digerir, ó bien que, si las digerimos, será apresuradamente, sin asimilarnos la sustancia; materia leñosa, que no ha prestado á los tipógrafos el ázoe necesario á la vida social; artículos de toda clase, literarios y políticos, satíricos y humorísticos, que si han hecho alguna mella en nuestros pobres espíritus, ha sido pasajera.

Hoy encubrimos nuestras miserias y nuestro egoísmo, bajo la capa del escepticismo y hacemos gala asquerosa y repugnante de nuestra indiferencia.

EL TIPOGRAFO ha estado continuamente, en sus 12 años de existencia, predicando la unión. Diversos compañeros han tenido á su cargo la dirección de esa propaganda, y ninguno ha tenido la fortuna de acertar con sus tiros ni de gustar al gremio; al menos así debemos suponerlo, desde que los resultados han sido negativos.

Los gremios hoy en huelga sólo han tenido su órgano de propaganda durante algunos meses, y ese corto tiempo de prédica ha bastado para producir efectos benéficos.

¿Seremos los tipógrafos de distinta manera á la de los compañeros que hoy nos estimulan con el ejemplo, pidiendo rebaja de horas de trabajo y aumento de jornal?

Así parece.

No queremos hacer á la mayoría del gremio la grave ofensa de considerarlos incapaces de hacer algo que nos ponga en mejores condiciones de trabajo que las actuales á que estamos sometidos.

No es posible continuar por más tiempo sufriendo el recargado horario que los diarios, tanto de la tarde como de la mañana, sobre todo estos últimos, tienen establecido.

No es posible seguir viviendo con los mezquinos sueldos que hoy se asignan en las imprentas.

Apesar de nuestros pobres antecedentes en estos últimos tiempos, la huelga vendrá, porque las circunstancias lo exigen y no podemos permanecer indiferentes ante el ejemplo que nos ofrecen los demás gremios.

Aunque sea irrisorio el decirlo, la próxima huelga de los vendedores de diarios, será la señal para que los que confeccionan éstos reclamen de los patronos algo de lo mucho que se les despoja.

¿No haremos esto los tipógrafos?

El tiempo dirá si nos hallamos bajo cero.

TABARÉ.

La pena de muerte

Muy familiarizados con el vicio, muy afeitados á la criminalidad, muy corrompidos, en fin, deben estar los habitantes de un país, cuando entre sus leyes cuenta la pena capital, impuesta al verdugo.

La República Oriental, si bien tiene para su desgracia una administración pública detestable, donde figura la escoria, — hombres sin honor y sin conciencia, — no está habitada por un pueblo degradado, viciado ó criminal.

Al contrario, ese pueblo desdeña los impuros ejemplos que le brindan desde las alturas sus representantes: es un pueblo culto y civilizado.

Hay, de tiempo en tiempo, pobres ignorantes que se pierden, ensangrentando sus manos con sangre inocente; y esos delincuentes tienen que ser punidos, según la categoría de sus acciones.

Esto lo sabemos perfectamente todo el mundo.

Todos pedimos justicia, cada momento que el triste caso arriba; todos al unísono queremos se castigue á los culpables.

Pero ninguno, ha pedido se imponga la muerte, la terrible ley del Tali6n...

Empero los señores jueces, atendiendo el medio más eficaz de moralizar las malas costumbres, mejor dicho, para imponer un miedo y un terror superlativos, condenan á desaparecer del mundo de los vivos á los malhechores más célebres y de más negra fama.

No creo en el resultado brillante de ese medio.

Que á uno le intimide, pase; pero no es solamente un hombre quien forma y representa miles de seres.

La última pena debiera ser la cadena perpetua, y vaya si es suficiente, para purgar aun el delito más inaudito.

Así, los malhechores tienen sobrado tiempo para meditar, y en la reflexión hallar el arrepentimiento; — más aún: pueden cuando un amigo les visite, relatarles las penas que sufren, y es este un modo de moralizar; si tienen hijos, cuando algún día su esposa los lleve á verlos, pueden, hablándoles con el dulce lenguaje de padres, decirles que no imiten, que sean honrados y aprecien la virtud; tal vez se eviten las venganzas que suelen cometer contra la sociedad los descendientes de asesinos fusilados!

Mucho es disponer de la vida... ¡caracoles!... ¿es decir que no vale nada?... Y, quiénes son los jueces para tomarse esa atribución que no es más que un crimen jurídico, una mancha para sus reputaciones, un aterrador martirio para sus conciencias?

Hay que confesar que la civilización nos ofrece espectáculos, indignos de la barbarie más caracterizada.

Los pueblos que han recibido la grata visita del progreso y del adelanto; que tienen sentimientos elevados; pensamientos sensatos; una razón cuerda — deben desear la pena de muerte, por ser algo contrario á su estado y á su buen nombre.

Enciérrense en las celdas á los misántropos asesinos; allí trátense de hacerles reaccionar; déseles instrucción.

¡Instrucción! ello es lo que más necesitan.

Ocúpense las autoridades respectivas en difundir la luz de esa antorcha; que los rayos de esa tea lleguen á todas las mentes oscuras, y cambiará la faz, por completo, que horroriza á muchos.

¡Ilustración, ilustración! ¡Más por el bien público!

Tales son los antidotos que debemos oponer al veneno de la ignorancia y á la miseria que nos invade para preocuparnos de la virtud que debemos practicar y enseñar á nuestros hermanos.

¡Abajo la pena de muerte!

PEDRO BARRIOS Y NANSOT.

Apuntes de la realidad

III

Formalmente que el estado actual de los tipógrafos es más serio y crítico de lo que nos suponemos, y el porvenir que aguarda á las imprentas será funesto en demasía.

Cuando los hombres que desempeñamos la tarea de confeccionar diarios y periódicos hayamos desaparecido del mundo de los vivos (é ignoramos la fecha, si bien sabemos que no sobrepasará largo tiempo), todos esos chiquilines que hoy contemplamos en los talleres, nos sucederán en el trabajo.

Ahora bien: ¿qué ventajas reportarán ellos al gremio? ¿Lo harán florecer ó serán

el símbolo de su bancarrota más completa y desastrosa?

Aparte de los pocos niños modelos que tengan una tendencia de aplicación y se ilustren en el trabajo, los demás serán la causa de la decadencia y el descrédito de nuestro gremio.

Y es fundada esta profesia.

El origen de esos tipógrafos, no nos hace arribar á otra conclusión.

Ellos son *productos de fábricas*; ellos antes, si han concurrido á las escuelas, de lo poco que aprendieron sólo el abecedario retienen en la memoria, y lo demás... se les olvidó por negligencia y por incuria; ellos, no ha mucho vendían diarios en las calles: apenas sabían gritar correctamente: *La Tribuna* y *El Día, á vintén!* *Boletín Extraordinario*, etc., y á los sentimientos *caritativos* de ciertos señores, por no decir mezquinos y de lucro, deben su exaltación al oficio que desempeñan, elevación nada digna de aquellos *nacidos* para ochavo...

Hay varios de estos verdaderos aprendices, que se llaman tipógrafos, y que no saben cuáles son las letras consonantes y las vocales, que no tienen noción de lo que significan las palabras *sexo barbudo*, y por lo tanto no saben á qué sexo pertenecen!

De las citadas desgracias, deplorables en el presente siglo, no pretendemos burlarnos, sólo queremos sentar el principio del fin trágico que espera al gremio.

Esas bestias humanas, puede creerse por ventura que no merecen la *guerra* que les hacemos?

Y no es precisamente á ellos á quienes van dirigidos nuestros *tiros*, es á sus padres que aún disponen de tiempo para enviar á las escuelas á sus hijos, y no lo efectúan, sino que, por el contrario, les place incurrir en una responsabilidad moral bastante gravísima.

Tales seres, cuando sean jóvenes, dé qué servirán?

No ilustrarán al mundo, en los límites de su esfera; no figurarán dignamente en la sociedad; serán unos tantos ebrios, víctimas de la ignorancia y del vicio, llevando una existencia salvaje y miserable, y, sin embargo, estarán engolfados en la corriente de la civilización; como un sarcasmo sin nombre, ellos, la barbarie, serán los obreros que edifican la obra del talento y de la idea!...

Malo es descuidar de esta suerte, asuntos de tanta trascendencia, y el hombre animado de bondad y dueño de inteligencia y saber, está llamado á *hacer algo*, lo más posible, por retener en su camino los pasos del mal, que avanza á pasos de gigante, queriendo gobernar las conciencias, cuando su albergue debe ser la profundidad del abismo.

La precaria situación por que aún atraviesa el país, ha influido notablemente en el sentido de iniciar la decadencia más

espantosa y terrible en el gremio tipográfico, como en todas las cosas.

Los periodistas, validos de esta circunstancia y también del *servilismo* á que se prestan ciertos y determinados señores encargados, les hacen llenar de columnas los diarios, lo que mucho complace á los primeros, y no dejará de agradar á los suscriptores; pero, como se comprenderá, mirando sin apasionamientos de ninguna especie, *eso de fabricar* columnas y más columnas, con un personal relativamente reducido, es algo que condenará todo aquel que aspire el respeto de la libertad y desee sea un hecho el reinado de la legalidad, tanto en los asuntos nimios que roban la vida al obrero, como en los magnos, que con perfumes, ó ya con mayores facilidades, proporcionan la otra existencia, de fausto y de placeres, origen del actual partido socialista, y base de sucesos trágicos palpados en mala hora, y que, á no dudarlo, se reproducirán en la marcha de los futuros días de egoísmo y de miseria.

Es viejo, y por demás está el repetirlo: no hay regla sin excepción.

Nos dirigimos á aquellos periodistas y encargados que tales abusos cometen, pidiéndoles que, por su honor y el bienestar de los tipógrafos, apliquen un remedio á este mal, ya que éste como aquél se hallan en sus manos.

El que mucho abarca poco aprieta, y ustedes, insignes usureros que lo quieren todo para el provecho propio, ustedes que, *no haciendo nada*, miran impávidos á los que se sacrifican en pro de las necesidades de la vida, ustedes como cualquier hijo de vecino, tendrán el merecido, el día quizás no lejano, que se organicen en fila poderosa é indestructible los verdaderos tipógrafos montevideanos.

Y no riáis de las palabras que anteceden: «á su tiempo maduran las uvas»: en pos de un invierno cruel, vienen á sonreirnos la primavera y el estío, con sus galas, con flores, con trinos, con aromas, y hasta nos traen nuevas esperanzas envueltas en cada rayo de sol!

MOSQUITO.

Las causas

Río revuelto, ganancia de pescadores.

Así dice un proverbio que conocemos hace años, y que se puede aplicar á los actuales sucesos.

El río tipográfico anda revuelto, plagiando al camoatí que ha sido tocado por algún impertinente. Los *pescadores*, desde la orilla arrojan el *mediomundo*, y la *caña* provista de grandes anzuelos, con fresca *canada*, horada el agua y se interna en ella.

La *boya* se hunde, indicando que es arrastrada por un *pez*; otros, más temerarios, se

embarcan en botes, yéndose adentro, en pos de la *pescá*...

¿Quién pierde la oportunidad de aprovecharse en tal instante?

Seguramente que nadie, ningún sinvergüenza al menos.

Para que vuelva la calma apacible, la serenidad de antaño, hay que esperar que se hallen las aguas en su quietud sublime y poética, reflejando en su espejo los colores del espacio...

Pero, cómo volverá el río tipográfico á verse sin olas, á no hallarse turbio?

Todos tienen que trabajar unidos.

Este es el remedio, bastante sencillo; al alcance de todos.

Y, «querer es poder»; por consiguiente...

Si nada hacemos tendente á que cese ese fatal flujo y reflujo de los líquidos elementos; si únicamente nos paramos, cuando andamos paseando, á la orilla del río, para exclamar con énfasis:

— Esto es tremendo, insoportable; amenaza inundaciones...

Si no nos es dado practicar más que esto, ¿qué derecho queda para protestar contra los miserables tartufos, los filibusteros y muchos otros piratas que aguardaron estos momentos para recorrer las costas, como espera el murcio la oscuridad de la noche, y como espera el asesino á su victima en tétrica emboscada?

¿Qué derecho nos asiste, si somos los *causantes de ello*, para protestar á diario contra los *mataderos* que crean esos seres, que la conciencia abandona lenta y paulatinamente?

No nos queda el derecho de decir *jota*, y tenemos el deber de movernos con ligereza, demostrando actividad, celo, y sentimientos nobles.

Sino: veremos fundarse por cualquier lado sociedades: *Los paraletas*...

Y cada día, encontraremos al paso una mata de esa yerba mala...

Y al fin y al cabo, no podremos curar la enfermedad, y entonces, cuando despertemos, quedaremos con las ganas, y llorando de rabia.

Ya veis lo que nos espera: Vamos, pues, que se trata de hacer un pequeño *mal*, para abolir otro, para extirpar uno grande y colosal que, como ejército enemigo, se nos viene encima, y... ¿nos vencerá?

Vederiamo, dicen los italianos.

Nous verrons, exclaman los franceses.

Y los orientales decimos:

— Si pueden, nos prestarán dos reales...

MOSQUITO.

¿Qué son cinco reales?

Claro que la respuesta de algunos será razonable:

— Cinco reales, son cincuenta centésimos; es medio peso...

Pero esta pregunta tiene otro significado: queremos demostrar el escaso valor que simboliza esa suma, y queremos decir que, cualquier tipógrafo que felizmente se encuentre trabajando, puede disponer de ella sin gran esfuerzo, sin que deje en su bolsillo un hueco ó vacío profundo.

Apenas dejará un pequeño lugarcito... mientras que reportará sus *intereses*, empleándolo en hacerse socio de la Sociedad Tipográfica.

¿Quién duda de ello?

Los beneficios serán ópimos: no hay vuelta que darle.

Pensad que el mejor día una circunstancia fortuita, una *razón* de economía, un acto de *rigidez* de parte de los encargados ú otra cosa cualquiera, os pone de patitas en la vía pública.

¿Entonces?

Entonces corréis por todas las imprentas buscando trabajo, y si lo halláis, á la casualidad se lo debéis.

Ahora bien: siendo asociado de la «Tipográfica Montevideana» ya podéis estar un poco más tranquilo: en el seno de esta Sociedad podréis que contar con amigos que se interesan por el bien común, y, ya sea por medio de una recomendación particular ó por distintos medios, esas *cosas de la vida* que habéis experimentado, cesarán, volviendo á trabajar en la casa para la cual os designen.

Es una ventaja esta, de la que no es justo separarnos, sólo que, en vez de la unión, busquemos lo contrario y nuestra propia desdicha.

Pero, volvamos á preguntar:

¿Qué son cinco reales?

— No son nada!...

Cualquiera de vosotros los arroja por la ventana sin sentimiento y sin *sentir*, en un momento de alegría.

Quitad un número á la frecuencia de esos gastos; acordaos de la Sociedad que os llama para labrar vuestra ventura relativa, que os tiende los brazos, como Jesús desde la cruz, y suscribid vuestro nombre en la lista de los que batallan por levantar á los caídos y corregir á los tiranos...

Vamos, titubeáis?

Á qué pensar?

Acaso para tomar esta resolución hay necesidad de perder tanto tiempo?

Yo os aseguro, que nunca, que jamás en la vida, podréis arrepentiros de figurar como asociados en la Sociedad Tipográfica.

Os lo aseguro, os lo garanto, y os exhorto á sacudir la modorra, y á echaros al agua... Paso á la metáfora!

Evitemos lo que está pasando por desgracia: se gana poco, y ni aún se acuerda el derecho de hacer una *protesta*... aunque «protestas y caldos de gallina no hacen mal á nadie»...

Excepto cuando por ello os despiden, igual que á los canes. Como suele suceder.

En fin, cada hombre tiene su manera de proceder. No todos saben conducirse bien, cual debieran.

C. BERLÍN.

Una disposición absurda

LA VOZ DEL OPRIMIDO

Por los cuernos de Satán que esto pasa de la raya.

Varios son los talleres tipográficos en los que se priva que se hable una sólo palabra,

so pena de echarse á la calle al que infrinja esa disposición absurda y tiránica.

Á causa de esa orden de nuevo cuño, verdaderamente fin de siglo, podremos ver á los tipógrafos, principalmente á aquellos que se sacrifican de noche, azonzados, pasando como por una crisis de sonambulismo, atacados de melancolía infinita, durmiéndose y expuestos á quedarse *mudos* en su mutismo.

¿Dónde, ¡por Dios! se ha visto semejante disparate?

Volvemos á la inquisición *aquella*?

¿En qué parte del mundo se observa esa disciplina?

Pues, sin embargo de no recibir respuesta satisfactoria, podemos garantir que, aquí, en Montevideo, en la coqueta del Plata, se ven tales *maravillas*.

Nosotros aprobaríamos, si tal cosa se hiciera con ciertos caballeritos, con determinados *sebones*, que van á charlar al taller: que se les reprenda con energía, y si reinciden que se les *eche á la calle*!

Perfectísimamente.

Pero, señores encargados, no hagáis que «paguen justos por pecadores»; no generalicéis así estos asuntos, y tampoco abuséis, en la situación en que os encontráis ahora, de los infelices obreros que están obligados á *echar los bofes* para tener con que comprar el pan de cada día.

Hoy por tí . . . etc.

No es una falta gravísima la que puede cometerse, mirando retrospectivamente una vez al año; no es una falta gravísima hablar dos ó tres palabras de tiempo en tiempo.

Es todo lo contrario: es preciso, es necesario.

¿Á dónde iríamos á parar si permaneciéramos inmóviles horas enteras, como estatuas?

Y no somos estatuas: somos hombres de carne y hueso que comemos, que fumamos, que trabajamos y que necesitamos un poco de consideración y respeto moral á los derechos del hombre, que no son una quimera.

Capisco?

MICROBIO.

CRÓNICA

Pésame—Dámosle muy sincero á nuestros compañeros Manuel y Felipe Deleón, por la desgracia que han experimentado con el fallecimiento de su virtuosa madre doña Francisca Miranda Deleón, acaecido el 2 del corriente.

Los sueldos y los jornales—En las imprentas de Montevideo, excepción hecha de *El Siglo Ilustrado*, *El Telégrafo Marítimo*, *La Rival* y la *Uruguay*, se ha establecido la costumbre de pagar á los oficiales UN PESO y DOCE REALES por día.

Desde tiempo inmemorial se ha abonado á los buenos oficiales 15 reales y ahora la explotación ha llegado al extremo de dar á hombres que saben cumplir con su deber un jornal que representa un sueldo de 25 pesos.

Así es que no debemos extrañarnos gran cosa de los sueldos de muchachos que se abonan en ciertos diarios.

Tanto los sueldos como los jornales corren pareja.

Las imprentas en que se paga 15 reales al obrero se distinguen entre la turba multa que marcha á la cabeza de la ruina de la clase obrera.

La futura huelga, que no tardará en llegar,

sabrá distinguir y entonces veremos los jornales que tendrán que pagar los aludidos avaros.

Al fin veremos quién habrá ganado más: si los que abonan los jornales de costumbre ó los que les han rebajado.

Lo que puede la asociación—

Transcribimos con gusto á continuación el acta que acaba de labrar la mayoría de los constructores aceptando el horario pedido por los albañiles en huelga, representados por su respectiva Sociedad.

Felicítamos á estos compañeros por el triunfo obtenido, como deben felicitarse todos los que de humanitarios se precien, pues la situación del albañil era desesperante trabajando, como trabajaban, en toda la extensión de los días caniculares.

En Montevideo, á los catorce días del mes de Noviembre de mil ochocientos noventa y cinco, reunidos en el local de la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos, calle Arapey número 228, los ingenieros, arquitectos y constructores que suscriben, espontáneamente y sin obedecer á presión de ningún género, solamente movidos por los bien entendidos intereses de los albañiles, por unanimidad de votos resolvieron lo siguiente:

Primero: Fijar el número de horas reglamentarias para el trabajo de los albañiles y personal adjunto, respectivamente, según las estaciones: á diez horas en los tres meses de Noviembre, Diciembre y Enero; á ocho horas en los meses de Mayo, Junio y Julio; á nueve horas en los demás 6 meses del año.

Segundo: Dejar á la facultad de cada director de obras el repartir el número de horas reglamentarias.

Tercero: Establecer que todo el tiempo que se trabaja fuera de las horas reglamentarias, se computará por horas enteras en favor del trabajador, y se pagará á razón del doble del precio del jornal corriente.

Cuarto: Esta resolución empezará á regir desde el día de mañana 15 de Noviembre.

Huelga—Para ejemplo de los de aquí, transcribimos el siguiente telegrama:

Gante, 5—Los tipógrafos aquí declaráronse en huelga, abandonando los trabajos en los periódicos, excepto en los del partido socialista que habían sido suspendidos hace poco.

Mucho cuidado!—En las primeras horas del día 6, hizo explosión en Detroit, Estados Unidos, la caldera del motor de una imprenta de aquella ciudad.

La explosión derrumbó parte del edificio matando 30 personas.

Más de 100 empleados se encontraban trabajando en sus puestos.

Los miembros de la redacción y cajistas que ocupaban el piso alto fueron arrojados al suelo.

La parte reservada á la correspondencia y á la esterotipia se derrumbó, hiriendo á 20 personas.

No estaría de demás, *por si acaso*, que en las imprentas de Montevideo donde se trabaja con motores á vapor, se vigile su conducción á fin de que el descuido de un momento, no nos hiciera lamentar desgracias como las que produjo en Detroit la explosión de que damos cuenta.

Se empieza—Ya en prensa este periódico, se nos hace saber que alguien ha tomado la iniciativa de una reunión de tipógrafos, la cual se anuncia en un diario y que tendrá lugar oportunamente.

Sin otros datos, sólo nos corresponde aplaudir esa iniciativa y desearle buenos resultados.